

LA PAZ SOÑADA

¡Oh, que dulce el placer de vivir ignorado
ajeno a las rastreras discordias mundanales
y a salvo de asechanzas y libre de cuidado
ir tejiendo gloriosos sueños inateriales!

¡Oh, que dulce placer, que descansada vida
ir perfumando el alma con los castos olores
de las flores que crecen en la senda escondida
de las santas verdades y los santos amores!

No sentir la locura de las vanas grandezas,
irrisorios prejuicios del orgullo inhumano,
no sufrir el agobio de las ruines flaquezas
ni sentirse mordido por el odio villano.

No saber que hay palacios con hieráticos reyes
y falaces cortejos de lucidos hampones;
no oficiar otros ritos ni acatar otras leyes
que la ley que regula las honradas acciones.

Laborar lentamente con labor incesante
sin saber si la fama nuestro nombre pregona
ni escuchar la lisonja que, taimada o galante,
cuanto más nos encumbra más tal vez nos traiciona.

¡Qué me importa la fama si es vapor que se esfuma!
Yo quiero un noble olvido y un amable reposo;
aborrezco la gloria que marea y abruma;
siendo anónimo y libre soy discreto y dichoso.

Yo quiero por retiro bajo el palio del cielo
un huertecillo humilde perdido en la espesura
donde a salvo de todo sobresalto y anhelo
me arrulle el manso ritmo de una fontana pura.

Y esta apacible y mansa fontana cantarina
glosadora inconsciente de ensueños ideales,
que bifurque sus linfas por la verde colina
entre los limoneros y umbrosos naranjales.

Que algún árbol anciano me dé sombra y frescura,
que el trinar de las aves me regale el oído
en un rincón vestido de galana verdura
donde sueña despierto y repose dormido.

En tan hermosa estancia morar tranquilo quiero
sin ese sobresalto de los hijos quehaceres,
sin estar vigilado por el ojo severo
de un superior que encarna tiránicos deberes.

Y no digáis que execro la sabia ley divina.
Si es verdad que rehuyo la coyunda opresora
tampoco a lo mundano mi voluntad se inclina
ni me importa el aplauso ni el fausto me enamora.

¡Comañión sacrosanta del trabajo bendito,
yo te rindo gustoso mi filial homenaje;
fervoroso creyente, yo venero en tu rito
la redención florida del humano linaje!

Téngase el potentado su cuantioso tesoro,
téngase sus blasones el que en blasones fía,
que en la calma del campo con mi plectro sonoro
ha de ser más dichosa la humilde vida mía.

Yo no quiero manjares en vajillas doradas
sobre mesas cubiertas de manteles preciados;
que me brindan los árboles sus frutas sazonadas
y me brindan alfombras de verdores los prados.

Guárdese el ambicioso las cuantiosas prebendas
y goce en buena hora de tan mezquinos dones;
yo no quiero la causa saber de sus contiendas
ni si logra o malogra sus ruines ambiciones.

Yo quiero que me dejen vegetar olvidado
componiendo una última sonata peregrina
en el manso reposo de mi huerto ensoñado,
en la dulce inconsciencia de la paz campesina.

Y cuando por la fuerza de los años vencida
en el filo implacable de la Parca sucumba,
que me cubra la tierra de ese huerto querido
y que pongan un verde rosal sobre mi tumba.

JUAN LUIS CORDERO

INTEGRALES DE ROMANIDAD

LA ESTIRPE HISPANICA (1)

SOBRE el mosaico de la Iberia, caos racial indefinido en el que únicamente es posible descubrir como característica común el sello de una rusticidad bravia impresa por la rudeza de un medio de contrastes, cuyo exponente y núcleo centro peninsular pasa de un frío lancinante de invierno a un calor agotador en los días del estío, imprimiendo en el cuadro de sus campos la brusquedad de un panorama que en días pasa del verde oscuro de una primavera temprana al amarillo marchito de un agostamiento precoz; en el que en el límite del horizonte de una llanura desértica, se alza la silueta ingente de unos macizos rocosos, cuyas crestas cubiertas de nieve hienden el azul del cielo fundiéndose en su tonalidad; y en el que las aguas de sus cuencas se precipitan raudas arañando febrilmente sus cauces como si quisieran con ello hacer menos violentos sus desposorios con el Mar, y en el que los hombres no tenían más que un signo: el del presente material y mezquino, ni más sociedad que la tribu, ni más afán que el del robo y el del pillaje; presa fácil en su individualismo disgregador a la ambición semítica de fenicios y cartagineses, que buscaban en las minas de su suelo y en la ignorancia de sus habitantes fuentes donde satisfacer su vampirismo racial; Roma, por voluntad de su mejor estirpe la de los rayos de la guerra, la de los Scipiones; riega con su sangre valiosa, la tierra de esta Spania y sus cenizas, mezclada con el polvo del solar español, substancian el barro que habría de formar el cuerpo de la Raza. En el sagrario de la Vieja Tarraco, cara a los siglos proclama esta verdad la Tumba de los Scipiones, que en vez de tumba puede decirse que es arca de alianza de una comunidad racial que tiene en ella el testimonio secular de la ruta de su destino. Publio Cornelio Scipión, el mayor de los Cladem; fué quien engarzó con el broche de oro de su generosidad, la integración de *la pluralidad Ibérica* a la Unidad Romana, a la Romanidad. Por voluntad del primer Scipión, Spania había comenzado a ser una; es decir, había comenzado a ser, antes no existía; pues se es en la unidad, no en la pluralidad que es caos esterilizador; por eso Scipión el Menor no vaciló en descuajar con mano férrea el último brote de un individualismo, que pese a la solidaridad que establecía *la Devotio Ibérica*, hacía imposible el cumplimiento de una misión universalista, de un destino en lo universal; que es dentro de nuestra línea ideológi-

(1) A la memoria de Cayo Julio Lacer constructor del Puente de Alcántara, símbolo y cifra de nuestra Romanidad extremeña.